

—Tres mil duros doy por ese servicio, añadió la de Ferreira.

—¡Tres mil duros!... repitió D. Jacinto deteniéndose.

—Doy hasta cuatro mil.

—¿De qué se trata, señora? preguntó el agente volviendo al lado de Adela.

—De una cosa muy sencilla; de hacer que una persona no pueda molestarme durante cuatro ó seis días.

—Entendido; es lo que se suele llamar un secuestro.

—¿Conque estamos conformes? interrogó Adela impaciente.

—Haré cuanto esté en mi mano, sin olvidarme de la policía; mas para esto necesito instrucciones.

En aquel instante sonaron fuera de la sala las voces de varias personas que se iban acercando.

—¡Chist! viene gente, dijo Adela imponiendo silencio á D. Jacinto; sigame Vd.; en mi gabinete estaremos con más libertad, y nos pondremos de acuerdo.

El Sr. Perez echó lá andar detrás de la de Ferreira frotándose las manos y diciendo para sí:

—¡Esta mujer es un tesoro!

El reconocimiento.

Tiempo es ya de que os diga algo de los misteriosos planes que en cierto modo habian alterado las costumbres del Sabueso.

La existencia de este hombre, suspendida entre un remordimiento y un temor, era para él un prolongado martirio.

Y á pesar de todo, por cima de su miedo á la justicia y de las acusaciones de su conciencia, que no le permitian un instante de reposo, habia en él un sentimiento superior á su propia voluntad, dueño absoluto de su alma, que lo dominaba imperiosamente, y este sentimiento era el amor.

El amor bajo cualquiera de sus distintas manifestaciones, porque después de haber recibido de Consuelo el más cruel desengaño, Bernardo no amó á ninguna otra mujer, y, sin embargo, continuó sintiendo la necesidad de amar.

Y amó á la tía Morella, á su bienhechora, como un hijo ama á su madre, y amó á la huérfana, á la que él mismo, por uno de esos rasgos de poesía tan frecuentes en las imaginaciones meridionales, habia llamado la *Flor del Olvido* y la amó como un padre ama á su hija.

Estos dos afectos llenaron su corazón.

Y Bernardo no era hombre de hacer las cosas á medias, como se suele decir.

Mis lectores no habrán olvidado el congreso de traperos convocado por él en el bodegón de María, que decidió de la fortuna y del porvenir de Margarita.

Ya anteriormente, cuando esta infeliz niña quedó huérfana, una reunión semejante, provocada también por el Sabueso, dió por resultado que los traperos la prohijasen y que formaran la sociedad de los ciento cincuenta y cinco que habían costeado su subsistencia y educación.

Sin el amor paternal de Bernardo, ¡qué hubiera sido de la pobre Margarita!

Esta desgraciada niña, á la muerte de su madre recibió por única herencia algunas cartas del autor de sus días, que estaban firmadas con este solo nombre, *Jacobo*: los borradores de las contestaciones á estas cartas y los de otras muchas que no alcanzaron respuesta, escritos por doña Carlota Vergara, y, últimamente, un diario de esta señora, cuyas páginas destilaban las terribles amarguras que con devoradora lentitud habian ido minando su existencia.

A la muerte de la de Vergara el Sabueso fué el de-

positario de esta triste herencia, que puso en manos de Margarita cuando la joven llegó á su mayor edad.

Aquellos papeles, y particularmente el diario, por las noticias que contenia, despertaron desde un principio en el Sabueso la idea de buscar al padre de la huérfana; pero, este buen deseo tropezaba en un gravísimo inconveniente: era la época en que Bernardo se esconda con más cuidado de la luz del sol, y para hacer sus investigaciones tenia forzosamente que valerse de otras personas cuya eficacia no era tanta como la de nuestro traperero.

Fué, pues, inútil cuanto intentó para hallar al padre de Margarita; y pasaron tantos años sin que obtuviera resultado alguno, que al fin desmayó en una empresa cuya realización acabó por creerla imposible.

Pero ocurrió el desafío de Antunez y Ferreira, y por primera vez el nombre de este rico banquero sonó en los oídos de Bernardo, pronunciado por una persona que conocia á D. Jaime, y esta persona era Navarro el pintor.

El Sabueso, sin darse por entendido del objeto de sus indagaciones, averiguó del amigo de Antunez cuanto éste sabia del Sr. Ferreira, y ya no tuvo duda de que este hombre era el padre de Margarita.

Sin embargo, reservado siempre, porque esta era una de las buenas cualidades del Sabueso, nada dijo ni á la huérfana, ni á Navarro, ni á la tía Morella; pero un día, el tercero ó cuarto despues de la celebración del desafío, acechó el momento en que el Sr. de Carvajal hacia su cotidiana visita á *La Flor del Olvido*, para

informarse del estado de Antunez, y salió á la calle con él y le habló suplicándole que le concediese una audiencia.

El Sr. de Carvajal accedió en el acto á sus deseos y le condujo á su casa, donde el Sabueso le expuso con todos sus detalles la historia de Margarita, el triste fin de su madre y las sospechas vehementísimas que tenia de que el Sr. de Ferreira fuese el padre de aquella niña.

Todo esto lo escuchó el Sr. de Carvajal con el mayor interés, y pidió á Bernardo que le llevara las cartas y el diario á que se habia referido en su narracion, señalándole hora para celebrar al dia siguiente una segunda conferencia.

Verificóse así, y el Sr. de Carvajal tan luego como vió las cartas de Jacobo dirigidas á la de Vergara, reconoció la letra y la firma de su amigo y prometió al Sabueso que aquel mismo dia escribiria á Ferreira, quien, como ya sabemos, se encontraba en Paris.

Con este motivo se cruzó una larga y reservada correspondencia entre los Sres. de Ferreira y Carvajal, siendo su resultado que aquel apresurara su regreso á España, fundándolo en convenios hechos con Adela y en otras razones, que en realidad solo fueron pretextos, bajo las cuales quedó oculto el verdadero móvil de su resolucion.

Al llegar á Madrid, Carvajal le hizo la presentacion del Sabueso, y éste á su vez la de los manuscritos que constituian la herencia de Margarita, viéndose obligado, á instancias de don Jaime, á referir tambien la historia de la jóven.

Ferreira oyó con profunda atencion el relato que se le hacia, relato que debió conmovérle mucho, porque aquel leon indomable palideció varias veces escuchando la narracion del Sabueso.

Luego pidió á éste que le dejara los papeles que le habia llevado, y que dos dias despues volviera por su contestacion.

Bernardo fué puntual á esta cita, á la que acudió acompañado por el Sr. de Carvajal.

Cuando Ferreira los recibió, dirigió al Sabueso nuevas preguntas sobre la existencia de Margarita, le dió despues instrucciones minuciosas respecto del modo de que habia de valerse para preparar el ánimo de la huérfana á las hondas emociones que le aguardaban, y concluyó diciendo:

—Corra Vd., amigo mio; traiga Vd. á mi hija, que ardo en deseos de estrechárle contra mi corazon.

Un carruaje de Ferreira se puso á las órdenes de Bernardo, y éste partió en busca de la jóven lleno de júbilo, experimentando una de las más grandes alegrías que habia sentido su alma.

En honor de la verdad, el Sabueso no fué tan dueño de sí mismo como hubiera sido preciso para cumplir rigurosamente el encargo de Ferreira al dar á Margarita la noticia de que su padre la esperaba; Bernardo estaba loco de satisfaccion y no podia disimular mucho tiempo el estado de su espíritu.

Así es que Margarita, cuya primera sorpresa habia sido ver llegar al Sabueso en un carruaje de lujo, no tardó en conocer el descubrimiento hecho por Bernardo.

CAPILLA ALFONSO X

dominada la primera impresion y con el aturdimiento propio de las circunstancias, la jóven se preparó para ir á la casa de su padre y poco despues entraba con el Sabueso en el coche, que en breves instantes los trasladó á la calle del Arenal.

El ruido de voces extrañas que oyeron Adela y don Jacinto cuando estaban en lo más importante de su conversacion y que les obligó á retirarse al gabinete de la esposa de Ferreira, lo causaba la llegada de Margarita y el Sabueso, á quienes un criado introdujo en la misma sala que aquellos habian abandonado.

El Sabueso venia contento como unas pascuas, atolondrado por el desenlace que habia tenido su propia obra, y experimentando sensaciones de placer tan profundas que á un tiempo lloraba y reia.

Margarita estaba densamente pálida y tan conmovida que no acertaba á coordinar sus confusas ideas, entre las cuales se levantaba una memoria bendita, la de su desventurada madre muerta de miseria y de dolor en la cama de un hospital.

El criado los dejó solos y fué á avisar al Sr. de Ferreira.

—¡Mira, Margarita, mira qué lujo! exclamaba el Sabueso admirado de la magnificencia de los muebles que decoraban el salon; ¡qué alfombras, qué espejos, qué sillones!... ¿Quién habia de pensar que todo esto fuera para tí?... Me parece que ya te estoy viendo ataviada como una princesa y rodeada de doncellas y lacayos... ¡Oh! si algun dia te encuentro por esas calles, me pondré el cesto en la cabeza para no avergonzarme

me y para que mis harapos no ofendan tu vista.

—¿Vd. sentir vergüenza, cuando ha sido mi padre, cuando todo se lo debo á Vd.?

—¿De veras, Margarita?... ¿Conque no te olvidarás de nosotros?... ¿Te acordarás alguna vez de los que en tu infancia hemos cuidado de tí?

—¿Y Vd. puede dudarlo?... Yo juro á Vd. en nombre de la santa caridad con que ha velado por mí, que la memoria de mis protectores vivirá siempre en mi corazon.

Y de los ojos de Margarita saltaron lágrimas de agradecimiento y de ternura, arrancadas por el recuerdo de su triste pasado.

El Sabueso, haciendo esfuerzos inútiles para reprimir los sollozos que anudaban su garganta, repuso:

—Bien, bien, Margarita, pero no llores ahora...

—Ni Vd. tampoco...

—Tienes razon: yo lloro de verte llorar; soy un camueso, como dice mi madrina.

Sintióse ruido fuera de la sala; Margarita se puso trémula y dijo:

—Oigo pasos... ¿Será él?...

—Sí, él será; pero no tiembles de ese modo.

—¡Oh! no sé lo que experimento en este instante.

—¡Ánimo, Margarita, ánimo, que ya está aquí exclamó el Sabueso en voz baja, viendo venir á D. Jaime, que al llegar se detuvo en la puerta del salon.

Ferreira estaba descolorido, y acaso por la primera vez en su vida se sentia estremecer.

Bernardo viéndole inmóvil y silencioso, se acercó á él diciendo:

—Señor, aquí tiene Vd. á Margarita Vergara...

—No, no, interrumpió D. Jaime conmovido y avanzando hácia la jóven; á Margarita Ferreira, y seré muy feliz si me permite estrecharla entre mis brazos.

Margarita salió al encuentro de D. Jaime; el llanto embargaba su voz y apenas pudo articular estas palabras:

—¡Padre mio!

Ferreira y su hija quedaron confundidos en un estrecho abrazo.

A Margarita la sofocaban los sollozos.

D. Jaime sentia en su corazón un enternecimiento como nunca lo habia experimentado.

El Sabueso lloraba y brincaba de alegría.

Ferreira fué el primero que pudo dominar su emoción.

—Ven, hija mia, ven, dijo; siéntate aquí; á mi lado; tu presencia me reanima y me consuela mucho. ¡Oh, qué buena debes ser!

—Como no las hay en la tierra, contestó el Sabueso.

—¿Me amarás tanto como yo te amo ya? interrogó D. Jaime estrechando las manos de Margarita.

—Nunca he dejado de amar á Vd., contestó la jóven, fijando en su padre una mirada de entrañable cariño.

Crúzó una sombra por la frente de Ferreira y preguntó:

—Segun eso, ¿en tu aislamiento y en tu miseria no me has acusado ni me has maldecido?

—¿Maldecirle á Vd.?... ¡Qué horror!... No ha habido dia en que no haya rogado á la Virgen por Vd.

—Gracias, hija mia, gracias; tus palabras me hacen muy feliz. Eres la imágen de una mujer amada, que no sé si en los tiempos de su infortunio te hablaría de mí.

—Mi madre querida fué quien me enseñó á amar y bendecir el nombre de Vd., padre mio.

—¡Infeliz Carlota! murmuró Ferreira con la voz impregnada de verdadero sentimiento: no creas, Margarita, que un abandono voluntario me separó de tu buena madre; no habia idea ni propósito que estuviesen más lejos de mí; pero una série de fatalidades... quizá una mano traidora, nos apartó para siempre, interceptando gran número de nuestras cartas, pues en los papeles de tu madre, que tú misma has conservado, faltan varias de las que yo le dirigí y hay borradores de muchas otras que no llegaron á mi poder; así es que yo ignoraba tu nacimiento, Margarita, como he ignorado hasta ahora la verdadera fecha de la muerte de tu madre, noticia que se me dió mucho tiempo antes de que ella falleciera, por medio de una carta, que conservo aún y que sin duda es apócrifa. Cuando esto se me hizo saber, á pesar del desvío con que yo me creia tratado, lloré la pérdida de la desventurada Carlota, que arrebató á mi corazón una dulce esperanza. Despues contraí nuevos lazos, y guardé en el fondo de mi pecho la memoria de aquella mujer querida, como las tumbas guardan las cenizas de los que fueron. ¡Pobre Carlota!... Sus males no tienen reparacion.

—Pero ahora resucita en su hija, dijo Bernardo;

vaya Margarita, no llores: vea Vd., la misma mirada, la misma sonrisa, la misma dulzura...

—Verdad es, afirmó Ferreira: ¡oh! y pensar que mientras yo gozaba de la abundancia y del lujo, ellas arrastraban una vida miserable y penosa...

—Padre mio, deseche Vd. esas ideas...

—Sí, Margarita; no hablemos de lo pasado; los hijos redimen á veces las faltas de los padres: tratemos del presente, procurando que mi amor y mi ternura te indemnicen de lo mucho que has sufrido.

—¡Oh, señor! repuso el Sabueso; ¿quiere Vd. que le diga una cosa?

—Dígala Vd., Bernardo.

—Que es Vd. todo un hombre de bien.

—Pero aún hay quien me excede, amio mio, dijo Ferreira estrechando la mano del Sabueso.

—¡Tanta honra para mí! exclamó éste confundido, y volviéndose á la jóven añadió: señorita, si fuera preciso haria por el padre de Vd. lo mismo que por usted he hecho.

—¡Cómo, Bernardo! ¿No me tutea Vd.? preguntó Margarita.

—¿Y habia de atreverme?...

—Si Vd. no me tutea, dará lugar á que yo me enoje...

—Y yo tambien, dijo Ferreira.

—Bien, Margarita; haré por llamarte de tú, respondió el Sabueso aturdido; pero hablemos de otra cosa: yo, Sr. de Ferreira, en mi calidad de uno de los ciento cincuenta y cinco padres, habia arreglado con mi

madrina un asunto, que ruego á Vd. termine á satisfaccion de Margarita.

—¡Oh! calle Vd., Bernardo, exclamó la jóven.

—No, no; acabe Vd., ordenó el Sr. de Ferreira.

—Pues bien, continuó el Sabueso, sepa Vd. que nosotros la teniamos dispuesto un marido...

—¡Un marido! repitió D. Jaime.

—¡Oh! se apresuró á decir el Sabueso, no vaya usted á creer que sea ningun traperero: es un jóven elegante, juicioso, de buena carrera y que la ama como ella se merece.

Margarita se puso encarnada como una amapola.

—Padre mio, dijo, Bernardo se engaña; ese casamiento no se puede realizar.

El Sabueso se quedó con un palmo de boca abierta; no podia comprender el misterio que encerraban las palabras de Margarita.

—¿Por qué? preguntó D. Jaime.

—Ya lo sabrá Vd. más adelante, contestó la jóven.

—Corriente, es un secreto; ella me lo confiará, Bernardo; permitanos Vd. que estemos solos un momento, y vaya á mi despacho, donde un juez le espera para tomarle declaracion...

—¡Un juez!... ¡Una declaracion!... exclamó el Sabueso sorprendido y tembloroso.

—No se asuste Vd., repuso Ferreira; se trata solamente de llenar una formalidad para el reconocimiento de Margarita.

—Bien, allá voy.

Y el Sabueso salió murmurando para sí:—Hagamos

por ella este nuevo sacrificio, el último tal vez; me obligarán á firmar, y positivamente me pierdo.

—Vamos, Margarita, decía en tanto Ferreira; confíame todos tus secretos.

—Por favor, padre mio, no me pregunte Vd. nada acerca del proyecto de mi boda; yo se lo suplico.

—¿Tan grave es ese asunto? preguntó Ferreira sonriendo.

—Dispénsese Vd. si ahora mismo no le digo cuanto desea conocer; más adelante lo sabrá Vd. todo.

—No insisto, hija mia; aunque en verdad tu reserva me causa celos...

—¿Celos!... ¿Por qué?

—Porque lo que á tu padre le ocultas, se lo revelarías á una madre sin vacilar.

Margarita bajó los ojos y no contestó; aquella noble criatura no sabia mentir.

El Sr. de Ferreira prosiguió:

—Pues bien, yo te daré lo que necesitas, una segunda madre, á quien podrás abrir tu corazón y hacerla depositaria de todos tus misterios.

—¿Quién es, padre mio?

—Mi esposa, que todo lo sabe y desea conocerte.

—¿La señora de Ferreira?...

—Margarita, dale el dulce nombre de madre, porque en ella vas á encontrar el cariño y la ternura que en tus primeros años perdiste con la muerte de la que lloramos.

Y Ferreira se levantó para avisar á su mujer.

Pero aún no había llegado á la puerta del gabinete

á que se dirigía, cuando se alzó una cortina y se presentó Adela, que en esta suprema situación sabia que no eran posibles los términos medios; allí era preciso vencer ó salir vergonzosamente derrotada.

Adela avanzó.

En sus ojos chispeaba una luz diabólica, sus mejillas estaban pálidas como la cera y entreabria sus labios una angelical sonrisa.

Esta sonrisa era el abismo en que Ferreira estaba sepultado desde el día en que conoció á la mujer que llevaba su apellido.

Margarita no la vió al pronto.

Entre ella y Adela se hallaba D. Jaime que adelantó un paso hacia su esposa, muy convencido de que ésta acudia á aquel salon en alas de un afecto verdaderamente maternal.

Iba Ferreira á hablarla; pero Adela se lo impidió diciendo:

—Déjame, déjame; quiero hacer yo misma mi presentación.

Y llena de solicitud pasó por delante de su marido y fué á colocarse frente á frente de Margarita, quien al verla llegar y reconocerla se puso de pié como impulsada por un secreto resorte.

Hubo un momento de silencio.

Momento, sin embargo, muy elocuente, pues en él se cruzaron miradas de profunda inteligencia entre aquellas dos mujeres que tantos motivos tenian para odiarse.

Adela se valia de su incomparable audacia y el

CAPILLA AL UNIVERSITARIA

fuego de sus ojos, más intenso que nunca, envolvía la expresión de una inquebrantable voluntad y de una amenaza terrible.

Margarita temblaba y sentía frío en su corazón.

Adela se la acercó con cariño, estrechó sus manos sin que la joven opusiera resistencia, y le habló con extremada dulzura, mientras su mirada amenazadora le imponía la reserva más absoluta.

Margarita al contacto de aquellas manos, al sonido de aquella voz, que tenía en su pecho ecos tan dolorosos, se volvió á Ferreira preguntando:

—Padre mío, ¿esta señora es?...

—Mi esposa, Margarita, tu segunda madre, interrumpió con tono placentero el Sr. de Ferreira.

Lo que pasó por Margarita no se puede decir.

La pobre joven miró á Adela y á su padre con sorpresa y espanto, lanzó un agudo grito y cayó desmayada.

Todo esto sucedió en algunos segundos, con esa rapidez del pensamiento que solo en el brillo de las miradas encuentra su fiel expresión.

Adela sostuvo á Margarita, y ayudada por Ferreira la colocó en un sofá, atendiéndola con el más esquisito esmero.

—Esto es natural y yo lo esperaba, decía á su esposo mientras procuraba que Margarita recobrase los sentidos; son muchas y muy fuertes las emociones que en corto tiempo se le han hecho sufrir, y hé aquí el resultado. Además, no debe serle muy grata la primera entrevista con la persona que en tu corazón ha reemplazado

á su madre... Convendría mucho que nos dejaras solas; las mujeres en presencia de los hombres no nos entendemos tan bien como cuando estamos sin testigos... Pero calla, ya vuelve en sí; procuremos reanimarla.

En efecto, Margarita entreabrió sus ojos, y como si no estuviera bien convencida de lo que había visto, buscó á Adela, que siempre con su falaz sonrisa se le acercó á prodigarle nuevos cuidados.

Margarita se quiso incorporar, acaso intentaba huir de aquella mujer y buscar un refugio en el seno de su padre; pero Adela adivinó sus intenciones y le oprimió con fuerza una mano al mismo tiempo que en sus negros ojos hizo brillar la amenaza más aterradora.

Margarita se sintió dominada y no pudo hablar.

D. Jaime, completamente ajeno á la escena muda que á su lado se estaba representando y sin otro interés allí que el de la salud de su hija, preguntó á ésta:

—Margarita, ¿te encuentras mejor?...

—¡Oh! ya está perfectamente, se apresuró á contestar Adela; esto no ha sido nada; un ligero vahido, ocasionado por tantas impresiones, y nada más. Ahora se vendrá conmigo, y yo procuraré distraerla.

—Antes es preciso que firme un documento, para que dejemos en libertad á las personas que nos esperan. ¿Te sientes con fuerzas, Margarita?

—Sí, sí, para todo, respondió Adela; ¿es verdad, querida niña?

Margarita contestó maquinalmente que sí, á tiempo que llamaba la atención de Ferreira el criado Juan, que acababa de entrar diciendo:

—Señor, los caballeros que están en el despacho aguardan las órdenes de Vd.

—Diles que voy en seguida.

—Sí, no lesagas esperar; cuando sea necesaria la asistencia de Margarita, avísanos; mientras tanto yo cuidaré de ella.

Ferreira dijo á su hija algunas frases cariñosas y la dejó con su mujer.

Habia llegado el momento de arrojar la máscara con que Adela se cubria.

Margarita al verse sola con su madrastra recobró toda la energía que un sentimiento tiernísimo le habia hecho perder en presencia de su padre, y se levantó dispuesta á seguir al Sr. Ferreira.

Pero Adela la contuvo diciendo:

—Los momentos son preciosos, y tenemos mucho que hablar.

Margarita se volvió á aquella mujer, y con un tono de profunda amargura y de soberano desprecio, exclamó:

—¡Vd. la esposa de mi padre!

—Y una esposa respetada y querida, añadió Adela con marcada intencion.

—¡Oh! yo haré que este engaño concluya.

—Inténtelo Vd. y asesinará al Sr. de Ferreira.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Margarita comprendiendo toda la verdad de aquella afirmacion.

—Su muerte será segura, insistió Adela, pues me ama con delirio; no tardará Vd. en convencerse por sí misma.

Margarita levantó sus ojos llenos de lágrimas y dirigiéndose á un sér invisible murmuró:

—¡Madre mia! ¿Qué debo hacer?

—Olvidar todo lo pasado, contestó Adela sorprendiendo el pensamiento de Margarita; olvidarlo todo, como yo he olvidado un extravío momentáneo, y darse por satisfecha con la triste leccion que las dos hemos recibido.

Margarita miró á Adela con espanto.

Ésta prosiguió:

—Sí, hija mia; lo ocurrido entre nosotras debe servirnos para conocer hasta dónde alcanza la indignidad de un hombre que á ambas procuraba engañarnos; olvidale tú, como yo le he olvidado; aquí tiene ya prohibida absolutamente la entrada, y doy gracias al cielo de haber descubierto sus falsedades antes de faltar á los juramentos que me unen al mejor de los hombres; en cuanto á tí, naces hoy á una vida nueva que te brinda con las más risueñas esperanzas, y espero que no tardarás en ser ardientemente pretendida por hombres merecedores de lograr tu mano.

Margarita escuchaba llena de asombro y de indignacion las palabras de Adela, hasta que al cabo, no pudiendo contener la explosion de su ira, prorumpió diciendo:

—Calle Vd., señora, que tanta vileza y tanta hipocresia me ofenden y me sonrojan. Yo sé mi deber...

—¡Como! exclamó Adela ciega de furor; ¿dudarias de mis consejos?

—No tengo de qué dudar; conozco á Vd. lo bastante

CAPILLA ALTA UNIVERSITARIA

para saber á qué atenerme, y cumpliré en todo lo que me dicta mi conciencia.

Adela no era dueña de sí; sus presentimientos y las palabras de Margarita le hacian comprender que era inútil toda mentira con la hija de Ferreira, y la cólera la ahogaba hasta el punto de hacerla olvidar sus mejores planes y mostrarse tal cual era, tal cual un día se presentó á la misma Margarita en *La Flor del Olvido*.

—¿Es decir, preguntó, que me declaras la guerra?... ¿Es decir, que no crees en la sinceridad de las confesiones que te acabo de hacer?

—Creo, repuso Margarita, que mi padre, noble y confiado, es victima aquí de las más horribles infamias; creo que su honra está manchada por una mujer desleal.

—¿Qué osas decir?... interrumpió Adela en el colmo de su furia lanzándose sobre Margarita y asiéndola fuertemente por un brazo.

Pero un inesperado acontecimiento la detuvo, cuando tal vez dejándose llevar del arrebató de furor que la dominaba iba á cometer la más grande de sus imprudencias.

En el momento en que Adela puso su mano sobre Margarita, el Sabueso se presentó en el salon.

Una ojeada le bastó á Bernardo para penetrarse de lo que allí ocurría, y dirigiéndose á Adela, dijo:

—Señora, tenga Vd. la bondad de soltar á esta jóven, que segun parece no ha logrado las simpatías de usted; su señor padre la espera en el despacho, á ella sola, y

yo en tanto que Margarita cumple esta orden, pido á usted que me conceda una audiencia.

La ocasion en que el Sabueso se habia presentado y la sorna con que acentuó cada una de sus palabras, paralizaron los movimientos de Adela, que por el pronto no supo qué contestar.

Bernardo aprovechó estos instantes de estupor para conducir á Margarita hasta la puerta de la sala, desde donde le indicó la direccion que habia de seguir para llegar al escritorio de Ferreira, y volvió en seguida al lado de Adela, que por segunda vez se estremecia en presencia del pobre traperero.

—Ya estamos solos, señora; conque sentémonos y charlemos un rato.

Y diciendo y haciendo, Bernardo se arrellanó cómodamente en un magnifico sillón.

—¡Insolente! exclamó Adela queriendo dominar desde un principio aquella situacion que presentia habia de ser para ella un tanto peligrosa; ¿quién ha autorizado á Vd. para tomarse aquí estas libertades?

—Me autorizas tú, mi querida Consuelo, contestó tranquilamente Bernardo; qué, ¿te parece que mi postura no es decente para estar á solas con mi mujer?

—¿Vuelve Vd. á sus manías?... ¡Oh! esto es insufrible; yo haré que mis lacayos le arrojen á Vd. de esta casa.

Y Adela fué á tirar de un llamador; pero el Sabueso la detuvo diciendo:

—No te molestes; llamaré yo mismo, y así será completo el espectáculo, que no en balde he oido hace poco

al Sr. de Carvajal la historia del matrimonio de su amigo Ferreira, celebrado con una mujer á quien en cierta noche salvó la vida sacándola de las aguas del río Guadalquivir; despues he visto ahí fuera, en esa otra sala, el retrato de la que estuvo á punto de ahogarse y ahora estoy mirando el original.

Y el Sabueso al terminar estas palabras tiró del llamador haciendo sonar con fuerza la campanilla.

Adela por el pronto quedó aterrada.

Parecia que el infierno se habia desatado contra ella en aquel día funesto.

Un criado se presentó.

—¿La señora ha llamado? dijo.

—Sí, contestó el Sabueso, ha llamado para que no se permita entrar á nadie en esta sala hasta nueva órden.

El criado miró con estrañeza á Bernardo, y dirigiéndose á Adela preguntó:

—¿Lo manda la señora?

—Sí, contestó Adela secamente.

Y el criado se retiró.

—Conque siéntate, mi querida Consuelo, repuso Bernardo volviendo á recostarse en el sillón; y ya que estamos seguros de que no han de interrumpirnos, hablemos de este lujo, de este boato que te rodea. ¿Sabes que te sentó muy bien el baño que tomaste en el río? Pero ¡qué diablo! no hay oficio que no tenga sus quebras, y ahora te va á costar trabajo cambiar esta hermosa casa por el mezquino chirivital de un pobre trapero.

Adela no oía á Bernardo.

En tanto que éste hablaba ella daba vueltas en su mente para hallar un medio seguro de salir triunfante en aquella difícil situación.

Por fin, no encontrando mejor recurso y desentendiéndose de cuanto el Sabueso habia dicho, se dirigió á él preguntándole:

—¿Cuánto quiere Vd. por callar?

—¡Hola! ¡Hola! ¿Me ofreces dinero?... Corriente. ¿Y ese dinero de quién es? interrogó Bernardo con sarcroneria.

Adela, convencida de que era inútil todo disimulo, miró de frente al Sabueso, y cambiando de tono exclamó:

—¡Acabemos de una vez!... ¿Qué es lo que quieres?

—¡Gracias á Dios, que al fin me reconoces! dijo el Sabueso con imperturbable calma.

—Sí, te reconozco, repuso Adela; pero no por esto creas asustarme; entre nosotros hay un delincuente y ese eres tú, que intentaste asesinar á tu mujer. A mí me salvó la Providencia; cuando recobré la salud se me aseguró que habias muerto, y entonces me volví á casar. Ya lo ves; en mí no hay la menor falta, al paso que tú te escondes de la justicia y tiembblas al oirla nombrar, como temblabas el otro día al encontrarnos por primera vez.

—Es cierto, afirmó Bernardo levantándose; pero las cosas han cambiado mucho en pocas horas... Sígueme.

—¿A dónde?

—¿No dices que tiemblo ante la justicia? preguntó el Sabueso alzando la voz; pues vamos al despacho del Sr. de Ferreira; allí hay un juez que á ambos nos tomará declaracion.

—Calla, no grites, dijo Adela estremeciéndose á su pesar.

—¡Ves, Consuelo, como eres tú la que tiembla!

—Acabemos: ¿qué quieres? ¿qué pides? preguntó Adela impaciente.

Bernardo reflexionó un momento y contestó:

—Quiero una cosa muy sencilla; que confieses al Sr. de Ferreira que has amado al doctor Antunez, y que el doctor no te ha correspondido.

—Eso es falso, porque Antunez me ama, dijo Adela con despecho.

—Así no nos entenderemos nunca. Decidete: ¿confiesas ó no al Sr. de Ferreira toda la verdad de lo que aquí ha ocurrido?

—Esa confesion seria mi sentencia de muerte; si la hiciera mi marido seria capaz de asesinarme.

—Es decir, que te niegas á hacer la declaracion que te exijo... corriente; yo mismo la haré.

—Perderás el tiempo, dijo Adela con la mayor seguridad; me ama Ferreira tanto, que una palabra mia será suficiente para conseguir que no te dé crédito.

—Veremos, repuso Bernardo con extraordinario aplomo, si ante las pruebas duda ó me cree.

—¿Qué pruebas son esas? interrogó Adela con ironía.

—Hará cosa de unos tres meses, respondió el Sabueso con su calma inalterable, que en esta casa se cele-

braba una gran fiesta; las ventanas que dan á la calle las habian abierto de par en par, y un traperero, que en las altas horas de la noche se ocupaba en cosas de su oficio, tuvo ocasion de recoger y guardar una carta dirigida al doctor D. Modesto Antunez... tú sabrás por quién...

Adela se estremeció y se puso densamente pálida.

Lo advirtió Bernardo, y muy satisfecho prosiguió:

—La carta estaba medio quemada; pero aún se leen en ella perfectamente algunos párrafos y la firma de la persona que los escribió... Me parece que esto será bastante...

—¡Oh! pero esa carta se la entregarías á la persona á quien iba dirigida, al doctor Antunez, se apresuró á decir Adela llena de ansiedad.

—A Dios gracias, no he cometido semejante tontería; la carta está en mi poder.

Un fuego extraño brilló en el fondo de la mirada de Adela.

—Y como esta carta, prosiguió el Sabueso, es una prueba irrecusable, voy á presentarla ahora mismo,

Y Bernardo se dirigió á la puerta del salon.

Adela le vió marchar y permaneció un momento silenciosa, inmóvil, con el entrecejo fruncido, torba la mirada y sin saber qué hacer.

Su cabeza era un volcan; pero en vano buscaba entre sus confusas ideas una que pudiera salvarla.

Y los instantes de que disponia eran contados; si vacilaba un segundo más su perdicion era inevitable; Bernardo haria uso de aquella maldita carta, origen

del duelo de Antunez y Ferreira, y ahora formidable amenaza que venia á desvanecer sus más risueñas ilusiones.

De repente el semblante de Adela se iluminó con la luz de un pensamiento satánico; se disiparon las nubes amontonadas sobre su frente, y dando un paso adelante dijo á Bernardo:

—Detente; haré todo lo que quieras.

El Sabueso se detuvo, miró á Adela y quedó algún tiempo pensativo.

Adela expiaba con suma atencion todos sus movimientos.

Al cabo Bernardo se le acercó diciendo:

—Cuidado con lo que ofreces, porque si me engañas... tanto peor para ti; mi venganza no tendria límites. ¿Harás todo lo que yo quiera y cuando yo quiera?

—Todo lo que quieras y cuando tú quieras, afirmó Adela con el acento, al parecer, de la más firme resolución.

—Está bien, repuso el Sabueso confiando en aquella promesa de la cual tenia prenda tan segura como la carta de Adela; pues por hoy hemos concluido; no tardaremos en volvernos á ver. Adios, gran señora... adios, Consuelo la trapera.

Y Bernardo, soltando una carcajada, salió del salon.

Cuando Adela se quedó sola se trasformó completamente, dando rienda suelta á las tempestades que conmovian su alma.

Agitada, trémula, se dirigió al gabinete donde se

habia ocultado á la llegada de Margarita y el Sabueso, y desde la puerta gritó:

—¡Sr. Perez! ¡Sr. Perez!

El agente se presentó en seguida, contestando como de costumbre:

—Señora, estoy á las órdenes de Vd.

—¿Ha oido Vd. lo que aquí se ha dicho?

—Todo, señora.

—Pues bien, ese hombre que acaba de marcharse es preciso que desaparezca.

—¿Por cuánto tiempo?

—Eso... lo veremos despues.

—Será Vd. servida, señora.

—Además, es indispensable que, á cualquier precio, venga á mi poder la carta con que me ha amenazado.

—¿A cualquier precio? preguntó intencionalmente D. Jacinto.

—Esas han sido mis palabras, repuso Adela con resolución; no pierda Vd. tiempo.

El agente se inclinó delante de la de Ferreira, y como siempre se despidió diciendo:

—Estoy á las órdenes de Vd., señora.

En seguida abandonó la sala murmurando entre dientes:

—Lo dicho, vale un imperio esta mujer.